

JÜRGEN PAUL SCHWINDT, *Thaumatographia oder Zur Kritik der philologischen Vernunft. Vorspiel: die Jagd des Aktaion (Ovid, Metamorphosen 3, 131-259)*, Bibliothek der klassischen Altertumswissenschaften, NF, 150. Heidelberg: Universitätsverlag Winter, 2016. 174 pp. € 44.00, ISBN 978-3-8253-6550-9.

El presente libro es filológico en doble sentido. Por un lado, porque se dedica, en su mayor parte, a la interpretación textual del episodio de Acteón (pp. 21-162), en la versión que nos ofrece Ovidio en las *Metamorfosis* (3.131-259). Por otro, porque teoriza acerca del concepto de filología, sobre todo en la “Reflexión previa” (Vorüberlegung, pp. 9-20). De hecho, el fundamento principal de la interpretación textual mencionada es precisamente la teoría de que los textos antiguos, aún antes del surgimiento de la ciencia filológica o, una vez nacida, al margen de ella, pueden, a la vez que se van desplegando, contener reflexiones, comentarios e interpretaciones acerca de sí mismos, es decir, que pueden ejercer sobre sí mismos una especie de actividad filológica *avant la lettre*. De manera que, en términos generales, podríamos afirmar que nos encontramos aquí, en doble acción filológica, con la interpretación textual que el profesor Schwindt, catedrático de literatura latina de la Universidad de Heidelberg, realiza sobre la interpretación textual que el propio texto ovidiano, si aceptamos el punto de vista del estudioso, realizaría, a su vez, sobre sí mismo.

La “Reflexión previa” resulta de difícil lectura debido no solo al complejo tema que en ella se trata (la teoría de la filología), sino también al estilo denso, nada condescendiente con el lector. No obstante, una vez superados tales escollos, la propuesta del profesor Schwindt resulta muy sugerente y logra transmitir una nueva concepción de la filología: la investigación de la “filología de la literatura” (Philologie der Literatur, p. 11), como él la denomina, y cuya tesis principal acabamos de resumir en el párrafo anterior. Enfrentada a esta nueva perspectiva de la filología se hallaría la “filología de los filólogos” (Philologie der Philologen, pp. 10-11), la filología, digamos, estandarizada, que se nutre de la tradición más clásica y que, en opinión del autor, ha dejado de ponerse en cuestión a sí misma y, en consecuencia, se ha distanciado del texto literario y ha pasado por alto que “ya los textos más antiguos de la tradición europea ponían continuamente en práctica el espectáculo de interpretarse a sí mismos” (p. 11).

El método de investigación empleado para rastrear la visión “filológica” que de sí mismo ofrece el texto ovidiano es, según el término empleado por el propio autor y que da en parte título al libro, la *thaumatographia*. Con

arreglo a la explicación que de ella ofrece (pp. 17-18), la *thaumatographia* (o atopología) no tendría que ver con la habitual acepción, en sentido estricto, de “redacción escrita, colección de hechos admirables o maravillosos”, que remite al generalizado gusto de los antiguos por los *mirabilia* (recogidos incluso en el género de la paradoxografía) o a los posteriores “libros de maravillas” de época medieval (Marco Polo, Juan de Mandeville, etc.), en los que se busca dejar noticia escrita de los hechos que causaron asombro durante un viaje a tierras extrañas, o a posteriores tratados, pertenecientes entre otros al ámbito de las ciencias naturales, como *Thaumatographia naturalis* (1632), obra del naturalista polaco Jan Jonston. La *thaumatographia* sería más bien una ciencia del texto, dedicada no a explicar, para su mejor comprensión global, los hechos asombrosos (*tháumata*), extraños o paradójicos (*átopa*), sino a ofrecer un tratamiento de aquellos pasajes textuales que, en razón de su naturaleza asombrosa, extraña o paradójica, se resisten a la interpretación y que, gracias a ello, no sólo nos proporcionan información sobre las corrientes y tensiones intratextuales, sino que también nos revelan cómo el texto ha llegado a elaborar la visión interpretativa sobre sí mismo.

La concepción de la filología adquiere así una vertiente epistemológica, ya que, en definitiva, se trataría de un método de conocimiento. En esta misma dirección apunta otra de las partes del título: el ingenioso remedo de la conocida obra de Kant (*Crítica de la razón filológica* / *Crítica de la razón pura: Kritik der philologischen Vernunft* / *Kritik der reinen Vernunft*) liga la filología a la filosofía y parece asemejar la tarea que el autor se ha propuesto a la tarea kantiana. Si aceptamos esta circunstancia e intentamos profundizar en dicha conexión kantiana, podríamos aventurarnos a afirmar que, de la misma manera que Kant se propone establecer, mediante el auto-cuestionamiento de la razón humana, el alcance de esta para el conocimiento de la metafísica (“la razón pura”), también el profesor Schwindt parece tener la voluntad de establecer, mediante el autocuestionamiento de la razón del filólogo, el alcance de esta para el conocimiento de los textos (“la razón filológica”), y no nos resistimos a apuntar, a vuelapluma, que tal vez la empresa de aprehender la filología pueda resultar, salvando las distancias, tan verdaderamente complicada como la de aprehender la metafísica.

Con todo, el autor se muestra bastante parco en sus explicaciones teóricas hasta el punto de que estas resultan, en nuestra opinión, en exceso someras, incluso acaso insuficientes, por no decir que, como en el caso de la imitación del título de Kant, permanecen en la simple mención, sin que a partir de ahí se desarrolle una verdadera argumentación. Por ello, tal vez se haga preciso recurrir, según él mismo nos invita (p. 10, n. 4; p. 17, n. 13), a otras contribuciones suyas previas. En efecto, el interés del autor por la teoría de la filología no es nuevo, sino que constituye uno de sus principales campos de investigación, al que ha dedicado numerosos esfuerzos, entre otros la edición del volumen colectivo *Was ist eine philologische Frage? Beiträge zur Erkun-*

dung einer theoretischen Einstellung, Frankfurt 2009, cuya introducción (pp. 11-20), obra del propio Schwindt, se adentra ya en el concepto teórico de filología resultando, por tanto, un instructivo complemento del presente libro (allí, por ejemplo, se ocupa de la “cuestión de la filología” [die Frage der Philologie], en la tradición de August Böckh, el gran estudioso de la filología, profesor también en Heidelberg, a comienzos del siglo XIX; allí destaca un pasaje de la *Odisea*, el del sueño de Penélope, como otro buen ejemplo de autointerpretación filológica en un texto antiguo). Merece la pena que asimismo citemos un par de artículos en los que da ya cuenta del método de la *thaumatographia*: “*Dislocatio temporis. Struktur und Ereignis in Horaz’ Lyrik*” (en *Temporalität und Form. Konfigurationen ästhetischen und historischen Bewusstseins. Autoren-Kolloquium mit Karl Heinz Bohrer*, editado por W. Lange, J. P. Schwindt y K. Westerwelle, Heidelberg 2004, pp. 77-93) y “*Thaumatographia, or What is a Theme?*” (en *Paradox and the Marvellous in Augustan Literature and Culture*, editado por P. Hardie, Oxford 2009, pp. 145-62).

La interpretación del mito ovidiano de Acteón bajo el punto de vista que venimos de explicar adopta la forma del comentario, de un largo y minucioso comentario (142 páginas dedicadas a analizar verso a verso con precisión de entomólogo), en el que solo unos epígrafes, gráficamente destacados en negrita, interrumpen el flujo analítico del autor para señalar la cuestión o cuestiones concretas en que se va a centrar en cada momento, sin que ello afecte a la muy lograda impresión de totalidad (se agradecen las diez láminas en color y blanco y negro que acompañan al volumen, reproducciones de obras artísticas de diferentes autores como François Boucher o Cy Twombly, que representan algunas de las escenas del mito de Acteón comentadas en el libro y que ayudan a la comprensión de las interpretaciones textuales). El comentario es, en general, brillante, en ocasiones deslumbrante, colmado de perspicaces análisis y de agudas consideraciones, sobre todo, como es lógico, en referencia a la intención filológica contenida en el texto, pero en absoluto limitadas a ello, sino que abarcan otros muchos aspectos, como por ejemplo la teología, la poética o los géneros literarios (la relación del texto con la épica, la elegía, el drama). El lector disfruta de la especial sagacidad del autor para establecer asociaciones, ya de semejanza, ya de contraste (la divinidad y el hombre, el hombre y el animal, el adentro y el afuera, el encubrimiento y el descubrimiento, etc.), para rastrear paradojas o inversiones (el cazador cazado: Acteón vuelto presa) a lo largo del episodio y extraer de todo ello, bajo la orientación filológica que le interesa, hallazgos tan sobresalientes como a veces sorprendentes que va reuniendo y engarzando uno a uno, como preciosas cuentas, hasta conseguir componer su particular collar de la filología. Alcanza, en suma, lo que no es poca cosa, a ofrecernos una mirada nueva, original y refrescante acerca de un episodio sobre el que pesan gravemente numerosas lecturas anteriores de relevantes estudiosos.

Para empezar, podríamos señalar el motivo que ha llevado al profesor Schwindt a escoger como objeto de su análisis el episodio de la caza de Acteón: según sus propias palabras, se trata de “una escena primigenia de la filología” (eine Urszene der Philologie, p. 158). El núcleo de la historia se distinguiría por un carácter sustancialmente filológico ya que contendría una lucha por la supervivencia de la palabra, un combate entre el lenguaje y el silencio: la diosa Diana, tras haber sido contemplada desnuda por Acteón, le impone a este, por tal sacrilegio, la metamorfosis en ciervo a fin de que, privado de la palabra humana, no pueda contar lo que ha visto; sin embargo, este mandamiento divino de silencio es desafiado por el texto ovidiano, que presta su palabra a Acteón y relata, revela lo que este no ha podido relatar por sí mismo. Hasta el punto de que, en 3.229-31 (...*clamare libebat, / Actaeon ego sum, dominum cognoscite vestrum!* / *verba animo desunt; resonat latratibus aether*), la narración, tomando partido por Acteón, se convierte en hermeneuta suyo e, imaginándolas, hace expresas las palabras que él, incapaz de hablar, desearía pronunciar. He aquí un primer ejemplo de que su discurso es, pues, interpretativo, en suma, filológico. Acteón, además, vendría a ser, por las razones que acabamos de aducir, algo así como el héroe fundacional de la filología.

Pero no acaban ahí, ni mucho menos, los testimonios de la presencia de la filología en nuestro texto: la *expositio* del relato presentaría una disposición filológica, es decir, oscilaría entre varios y diferentes registros (la empatía y la subjetividad, la objetividad narrativa, la descripción del espacio y del tiempo) dando así lugar a una primera cuestión filológica (pp. 22-31), según la cual el propio texto se estaría preguntando, estaría reflexionando sobre cómo exponer una materia como la que aquí se trata, cuáles deben ser el tono y el estilo apropiados a ella, cuál la forma que ha de adoptar. De ahí deriva el autor una serie de denominaciones de la filología que relacionan a esta con ciertos elementos que, en principio, parecen chocantes en tal relación pero que, a la postre, resultan muy expresivos como, por ejemplo, la “filología de las emociones” (Affektenphilologie, p. 24) o la “filología del destino” (Schicksalsphilologie, p. 27) o la “filología del sol” (Sonnenphilologie, p. 31). La filología de las emociones tendría que ver con la empatía y la compasión mostradas por el narrador hacia los personajes, y no estaría muy lejos de lo que Brooks Otis, en su ya clásico estudio *Virgil: a study in civilized poetry*, Oxford 1963, dio en llamar el “estilo subjetivo” de los versos virgilianos. La filología del destino se referiría a la aplicación, mediante una *quaestio* (*met.* 3.142: *quod enim scelus error habebat?*), de la teoría aristotélica sobre el error y la culpa al caso de Acteón, con el triunfo del error sobre la culpa. La filología del sol iría encaminada al establecimiento del tiempo en que se desarrolla la acción (el mediodía, cuando el sol está en lo alto) y al hecho de que sea precisamente en ese momento cuando los personajes entran a considerar el tema de la fortuna (así Acteón en 3.149: *fortunamque dies habuit satis*)

y cuando toman las decisiones más determinantes que conducen al desenlace de los acontecimientos.

Además de la *expositio*, también la autoorganización del texto sería, para el autor, filología (p. 80), ya que ello comporta un componente hermenéutico. La forma en que un texto se organiza a sí mismo revela la preocupación del texto por sí mismo (*cura sui*), una reflexión sobre sí mismo, una búsqueda de sentido, actuando así, por tanto, como un comentario, una interpretación de la historia que narra. Hasta el punto de que el relato de Acteón vendría a ser una “historia primigenia de la hermenéutica” (*Urgeschichte der Hermeneutik*, p. 79), en armonía con la etiqueta anterior de “escena primigenia de la filología”.

Otra de las manifestaciones de la filología serían los comentarios que apuntan más allá del pasaje concreto en el que aparecen, a modo de anticipos de lo que vendrá después: por ejemplo (pp. 37-38), el adjetivo *perlucidus* (*met.* 3.161) aplicado a la fuente que hay en la gruta y en la que se bañará Diana apunta, por el hecho de que en lo más escondido del bosque haya un manantial de agua clara y cristalina, al instante posterior en que, allí mismo, Diana será descubierta por Acteón en toda su resplandeciente desnudez divina. Un procedimiento semejante es lo que el autor llama *Philologie der Nacherzählung* (p. 38), que podríamos parafrasear como la filología derivada de una narración que retoma ciertos elementos de una narración anterior y que se ve, además, influida por esta: tal es el caso de la historia de Acteón en relación con la historia de Cadmo, que precede a aquella inmediatamente en el orden estructural de las *Metamorfosis* (3.1-130); de este modo, las andanzas del abuelo actuarían como trasfondo de las andanzas del nieto, dando relieve a estas e influyendo en su estructura (con elementos que se repiten como la gruta con agua en su interior o el tema del extravío, si bien la significación se volvería distinta de uno a otro episodio).

Los nombres desempeñan también un papel importante en el asunto de la filología: tanto el de Acteón (p. 102) como el de sus perros (p. 88). El catálogo de los perros (*met.* 3.209-25) contiene una intención filológica porque no se limita a hacer mención del nombre de los animales, sino que los comenta, los parafrasea. Por su parte, la mención del nombre de Acteón resulta muy significativa por el hecho de que se ahorra y reserva hasta el justo instante narrativo en que el héroe es transformado en ciervo, es decir, cuando pierde la capacidad del habla. Su nombramiento se convierte así en triunfo de la narración frente al fracaso de Acteón.

Sería largo enumerar cada uno de los numerosos hallazgos que en su minucioso rastreo de la “filología de la literatura” ha llevado a cabo el autor. Basten los ejemplos que acabamos de comentar para hacerse una idea cabal de su propósito. No nos resistimos, sin embargo, a entrar a considerar una última cuestión derivada del punto de vista que adopta su estudio: la rica reflexión sobre el lenguaje y el silencio. En concreto, nos parece de particular interés

la idea de que la palabra supone un desafío al poder divino de Diana, una amenaza capaz de menoscabar el orden teológico del mundo, mientras que el silencio aparece, en consecuencia, como la imposición de dicho orden (esa es la razón de que Acteón se vea privado del lenguaje), que, por cierto, acaba por transgredir la propia narración ovidiana, la palabra del poeta. Se trata de una concepción, nos gustaría añadir, cuya raíz se encuentra en la religión romana y que nos sale al paso también en autores como, por ejemplo, Virgilio: el silencio impuesto a Acteón se asemeja al que era preceptivo guardar en ciertas ceremonias religiosas (los misterios, por ejemplo) y la palabra con la que el héroe podría haber relatado lo que vio podría haber sido como una transgresión del preceptivo silencio ceremonial; el silencio que, por ejemplo, guarda Eneas ante las súplicas de Dido de que no la abandone (*Aen.* 4.437-49) puede ser asimismo interpretado como una muestra de obediencia al mandato de los hados, es decir al orden divino, que le ha impuesto al héroe troyano abandonar a Dido y dirigirse a Italia, mientras que las palabras de la reina cartaginesa, con su intención de convencerlo para que permanezca junto a ella en Cartago, desafían, al menos en un primer momento, ese mandato divino, los *fata Iovis*, la palabra, en este caso, del dios Júpiter.

A la vista del profundo calado metodológico de la teoría que aquí se quiere alumbrar, así como de su pretensión de alcance general, la impresión última que tiene el lector es que quizá sería oportuno un mayor desarrollo de dicha teoría, brillante y radical como es, que tal vez no alcance con el análisis de un único texto, sino que sería aconsejable recurrir a otros y quizá establecer un método comparativo entre ellos. En todo caso, el autor parece ser consciente de esta circunstancia, puesto que ya en el título denomina “preludio” (*Vorspiel*) a esta monografía suya, dándonos a entender, creemos, que se trata solamente de la antesala de futuras aportaciones. Desde luego, aguardamos con sumo interés que así sea. Mientras tanto, queríamos dejar constancia de un apunte final: con este libro, con el comentario y la interpretación en él contenidos, el profesor Schwindt viene, en definitiva, a inscribirse en la dimensión filológica que él mismo analiza; traza un línea que parte de la incapacidad de hablar de Acteón en el plano del mito, una línea que pasa por el relato ovidiano que da voz al héroe y quebranta la imposición de silencio de Diana en el plano de la filología del texto antiguo, una línea, en fin, que acaba en su propia actividad de filólogo del siglo XXI en el plano de la ciencia filológica de la modernidad, la cual, si seguimos el ejemplo de la transgresión del relato ovidiano, tiene por delante, incuestionablemente, la tarea de aprender a cuestionarse a sí misma, a transgredir, por su parte, el orden filológico estandarizado, la filología de los filólogos.

ANTONIO MAURIZ MARTÍNEZ
antmauriz@hotmail.com